



VOL: AÑO 10, NUMERO 27

FECHA: ENERO-ABRIL 1995

TEMA: ACTORES, CLASES Y MOVIMIENTOS SOCIALES I

TITULO: **Nomads of the present: Social movements and individual needs in contemporary society** de **Alberto Melucci** [\*]

AUTOR: *Luis Ernesto López Aspeitia* [\*\*]

SECCION: Reseñas

## TEXTO

El constante incremento de los conflictos en las sociedades postindustriales desde la década de los setenta, ha sido analizado desde múltiples perspectivas teóricas. Uno de los fenómenos que más se ha destacado ha sido la aparición de nuevas manifestaciones de los problemas sociales, a través de movimientos. Estas nuevas formas de acción colectiva han puesto en cuestión una serie de concepciones en torno al Estado y la sociedad en las sociedades altamente desarrolladas, así como los enfoques convencionales que se tenían sobre los actores sociales. El objetivo principal de la obra de Melucci es el de establecer un debate con las distintas teorías sobre los movimientos sociales, las antiguas y las actuales.

Esto lo lleva, a su vez, a proponer un nuevo enfoque teórico y metodológico para el análisis de los movimientos sociales, las necesidades individuales y la democracia en las sociedades complejas.

Su trabajo está estructurado alrededor de tres ejes fundamentales: el análisis de los movimientos sociales desde la perspectiva de la teoría de la acción colectiva; el estudio de las condiciones en que se encuentran las sociedades postindustriales (complejización, diversificación y constante cambio), y las características que adquiere la democracia en estas sociedades.

Melucci elabora una crítica tanto de las concepciones decimonónicas como de los enfoques actuales sobre la acción colectiva. De las primeras, plantea que éstas se fundaron en una concepción errónea de la acción colectiva, entendiéndola como un sistema de acción determinante de la historia. Los movimientos sociales aparecen como personajes desempeñando un rol previamente establecido. Tanto el marxismo como el liberalismo hacían de los movimientos sujetos inmanentes en el devenir histórico. La acción colectiva aparece como una entidad unificada cuyo significado no puede ser desentrañado por el observador.

Las concepciones contemporáneas, si bien han roto con la concepción determinista de los actores sociales, no permiten explicar del todo las características, motivaciones y repercusiones de los movimientos sociales en las sociedades complejas. El sociólogo italiano interpela tres grandes corrientes dentro de la teoría de la acción colectiva que han monopolizado el estudio de los movimientos sociales: el enfoque estructural, el de la movilización de recursos y el del intercambio político.

Del primero, cuyo ejemplo más conocido sería -según el autor- la teoría de la colonización del mundo de vida de Habermas, nos dice que atribuye el origen de las nuevas formas de acción colectiva a cambios estructurales en el capitalismo posindustrial. La principal deficiencia de éste, es aun cuando nos explica por qué se desarrollan los movimientos no indica como.

El segundo, ligado a los sociólogos norteamericanos McCarthy, Zald, Gamson y al historiador Ch. Tilly, explica el desarrollo de los movimientos sociales enfatizando la importancia de organizaciones preexistentes y la disponibilidad de recursos materiales y simbólicos. Ello explica también el por qué algunos movimientos perduran más que otros. Sin embargo, su talón de Aquiles radica en lo contrario que el anterior: decir cómo se desarrollan los movimientos, pero no sus porqué.

El último enfoque analizado por Melucci es la teoría del intercambio político, representada sobre todo por Alessandro Pizzorno. Éste enfatiza el contenido político de las movilizaciones y su impacto en el sistema político. El argumento esgrimido por Melucci es que los movimientos no sólo operan en el terreno propiamente político, mediante presiones a las instituciones o vínculos con las nuevas élites políticas, sino también introducen demandas en aquellas áreas tradicionalmente inmunes al conflicto. A través de sus demandas, los movimientos plantean problemas difícilmente solucionables y por tanto desnudan los límites de las instituciones político-administrativas.

El objetivo fundamental de la obra de Melucci es el de elaborar una teoría sociológica de los movimientos sociales que, a su vez, sea una teoría sobre las posibilidades de democratización de la sociedad capitalista posindustrial. En ese sentido, nuestro autor abandona el análisis Tourainiano de los actores sociales (y desde luego su metodología del investigador participante), para acercarse más hacia una reflexión de corte habermasiana de la sociedad moderna.

Frente al método analítico de Touraine, es decir, el del analista participante que comprende y da sentido a los movimientos sociales, Melucci propone una concepción de éstos que rompe con el dilema acerca de si los nuevos actores surgen de estructuras-desentido previas (teorías de la movilización de recursos), o si es el líder o el intérprete el que confiere significado. El sociólogo italiano argumenta que el riesgo del método seguido por Touraine es el de generar una excesiva dependencia de los movimientos frente al analista. Los movimientos sociales -dice Melucci- aparecen también como mecanismos de autoproducción de sentidos en contextos de identidades fragmentadas.

Son intentos de reconstrucción de identidades que surgen proponiendo necesidades que no pueden ser administradas por el sistema (por ejemplo, sexualidad, relaciones emocionales, etc.). Las nuevas formas de acción colectiva operan como un mensaje para el resto de la sociedad. La participación de los individuos en los movimientos es vista por éstos como un fin en sí misma. Su preocupación esencial es el presente y por tanto, sus metas son reemplazadas a menudo, por lo que se convierten en "nómadas del presente".

La perspectiva de Melucci enfatiza tanto el aspecto político como el no político de los movimientos sociales y es ahí donde funda su importancia en la democratización de la sociedad. Su potencialidad y sus límites se encuentran en el espacio donde se desenvuelven: la vida cotidiana. Operan como redes invisibles de pequeños grupos en la cotidianidad, convirtiéndola en laboratorio donde nuevas experiencias se inventan continuamente. Surgen no sólo como expresión de nuevas necesidades creadas por la creciente complejidad de las sociedades modernas, sino también como estrategias de representación de intereses y de autorregulación frente a los efectos de los dilemas de las sociedades postindustriales -la necesidad del cambio constante manteniendo un orden en

las normas y procedimientos; la fragmentación constante del poder que se traduce en la imposibilidad de decidir sobre los fines últimos y la concentración tecnocrática de la toma de decisiones-. Éstos se traducen en constantes tensiones que desbordan las capacidades de los partidos y del Estado para representar intereses y solucionar demandas.

El problema que plantean los movimientos sociales es entonces el de los límites de las instituciones políticas para regular los conflictos de las sociedades modernas. Ello también cuestiona las teorías tradicionales sobre la democracia y sus versiones más actuales (la teoría elitista de la democracia, por ejemplo), en tanto que "...creer que la esencia de la democracia consiste en asegurar la competencia de intereses y los roles que hacen posible su representación, es tanto como no apreciar correctamente las transformaciones sociopolíticas que están ocurriendo en las sociedades complejas" (Melucci, 1989: 171). La democracia en las sociedades complejas requiere de espacios libres de represión y control, que permitan a los individuos y a los grupos sociales afirmarse y ser reconocidos por lo que son o desean ser. Estos espacios públicos, independientes de las instituciones de gobierno, del sistema de partidos y las estructuras del Estado, asumen la forma de un sistema articulado de toma de decisiones, negociación y representación en donde las prácticas significativas desarrolladas en la vida cotidiana pueden expresarse independientemente de las estructuras formales.

Si bien es cierto que el presente trabajo de Melucci significa un paso fundamental en la constitución de una teoría sociológica de los movimientos sociales, y donde el autor se encuentra más cerca de los trabajos sobre la "democracia radical" de Habermas, que de los análisis de Touraine, también es verdad que su planteamiento presenta algunas cuestiones todavía sin solución, de las cuales solamente menciono la que considero la más importante, por añeja:

Esta consiste en que, a pesar de que uno de los objetivos del autor es plantear una noción de movimiento social que permita tender un puente entre los análisis macro y microsociológicos, entendiendo a los movimientos sociales como redes de formación de sentidos, generadoras de espacios públicos de gestión, representación y reconocimiento y, sobretodo, como movimientos autoconstruidos (make its self), no termina de explicar algunos aspectos centrales en torno a las afiliaciones colectivas y a la formación de identidades colectivas. Podemos entender, siguiendo su argumento, que las consecuencias de las sociedades altamente complejas generan nuevas necesidades simbólicas que, a su vez, dan origen a nuevas manifestaciones de conflicto social. Sin embargo, la cuestión acerca de cuál es la percepción del individuo perteneciente al sujeto colectivo, en términos de intereses y eficacia de la acción colectiva, no queda explicitada. Por otro lado, me parece que al autor desdeña la aportación que hace Pizzorno en este sentido, al enfatizar la importancia del factor afectivo en la motivación de los individuos a pertenecer a un colectivo, lo que no solamente hacen por un cálculo racional.

Este es, me parece, el aspecto nodal a tomar en cuenta en la reflexión sobre los movimientos sociales. Con todo, el texto representa un esfuerzo reflexivo, acabado y sugerente de un autor que ha dedicado gran parte de su vida intelectual al análisis de estos problemas. La falta de una traducción al español seguramente será un obstáculo para su introducción en el debate local sobre los movimientos, la democracia y la cultura política. Su importancia lo hace indispensable para seguir reflexionando acerca de nuestras realidades sociales, que tienden a hacerse cada vez más complejas.

CITAS:

[\*] (1989), London, Radius, 288 pp.

[\*\*] Estudiante de la Carrera de Sociología. UAM-A Azcapotzalco. Becario del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades.